

A E
& I

Paranormal Colombia

Autores Españoles e Iberoamericanos

Mario Mendoza



Paranormal Colombia

(Al filo de lo real)

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

© 2014, Mario Mendoza

© 2014, Editorial Planeta Colombiana S. A.

Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-4208-2

ISBN 10: 958-42-4208-3

Primera edición: octubre de 2014

Impresión y encuadernación: Printer Colombiana S. A.

*Los hombres de más amplia mentalidad saben que
no hay una distinción clara entre lo real y lo irreal.*

HP. LOVECRAFT

IV

UNA ALACENA CON ENLATADOS Y AGUA

Cuando estaba investigando para mi libro *La importancia de morir a tiempo* me tropecé, sin querer, con unas ciudades subterráneas en la Capadocia turca. Dos ciudades increíbles, inverosímiles: Derinkuyu, y, aún más profunda, perdida en las inmensidades del planeta, Kaimakli. ¿Qué diablos era eso? ¿Seres viviendo en las profundidades durante un tiempo prolongado, durante décadas enteras, comiendo, orando, copulando, teniendo sus hijos entre catacumbas y cavernas oscuras? ¿Por qué? ¿Quiénes eran? ¿Salieron en algún momento a la superficie? ¿De qué se estaban escondiendo?

Poco después empecé mi saga juvenil y ahondé en algunas de esas investigaciones. Me tropecé con refugios subterráneos a lo largo de los cinco continentes: búnkeres, esferas de seguridad para sobrevivir a tsunamis, pequeños sótanos resistentes a radiaciones atómicas y bien aprovisionados de comida, agua y medicinas. ¿Qué estaba sucediendo, todo el mundo se estaba volviendo loco? Incluso estudié bien los planos y el diseño de una ciudad en Kansas enterrada a varios metros de profundidad que ya está terminada y en la que es posible vivir durante diez años sin salir de allí: Futurópolis. Es una ciudad autosustentable, con teatros, cines, bibliotecas, cultivos propios y un pequeño hospital. Los multimillonarios que la construyeron pagaron siete millones de dólares por cada uno de sus apartamentos.

Me di cuenta enseguida de que este tipo de proyectos no pertenecían a colonias de *hippies* fumando marihuana y esperando el fin del mundo en medio del humo de sus

porros, ni a loquitos cansados del sistema que habían decidido retirarse a conformar comunas de desadaptados, ni a místicos ingenuos siguiendo a algún gurú embaucador de turno. No. Se trataba de gente con acceso a una buena educación, bien informada y que llevaban vidas normales e incluso muy exitosas. Y la misma pregunta volvía una y otra vez: ¿por qué?

Como si esto fuera poco, varios gobiernos decidieron construir un búnker en el hielo noruego y guardar allí toda la memoria genética del mundo vegetal. Hasta la planta más remota de la isla más escondida ya está allí. Son millones de dólares reunidos por gobiernos europeos y por los Estados Unidos, empeñados en preservar la vida vegetal en caso de una gran hecatombe. Se le llama la Bóveda del Fin del Mundo o la Nueva Arca de Noé. Y ya empezaron con la memoria animal también, están recogiendo muestras de cada insecto, de cada bicho que se mueve en las profundidades de los océanos. ¿Por qué la mayoría de los mortales caminamos por las calles tan tranquilos, seguimos asistiendo a nuestros trabajos y a nuestros estudios como si nada estuviera pasando, mientras otra gente se está preparando para una catástrofe? ¿Por qué continuamos haciendo planes y ahorrando, mientras gobiernos del primer mundo, en lugar de invertir en educación pública o en presupuesto para los inmigrantes, gastan del erario para construir nuevas arcas de Noé? Nada coincide con un mundo razonable, el principio de realidad ha desaparecido por completo.

Por esos meses el canal NatGeo estrenó una serie, justamente, de personas que están entrenándose en cómo sobrevivir a crisis mundiales futuras: terremotos, colapsos del sistema financiero, pandemias y demás. En inglés se titulaba el programa *Preppers*, lo que traduce como *Supervivencialistas*. Había incluso ejemplos de familias enteras con sus mochilas al hombro que hacían ejercicios de cómo

escapar de sus respectivas ciudades en caso de un terremoto o de una crisis alimentaria. Niños cargando morrales, botiquines, con sus linternas en la mano y con máscaras antiguas cruzando bosques y cañadas para encerrarse en ese búnker que papá había construido para que ellos pudieran sobrevivir. ¿Todo el mundo se estaba volviendo loco y nadie quería aceptarlo?

Viajé a Cuzco en busca de Machu Pichu, a Andahuay lillas en busca de unas extrañas momias, a Tikal en Guatemala, a Benjamin Constant en el Amazonas brasileño, siempre en busca del misterio. Las ciudades subterráneas de Derinkuyu y de Kaimakli no eran excepciones extrañas de la antigüedad, sino una constante, un procedimiento, un método que encontraron los antiguos para sobrevivir a grandes catástrofes. Civilizaciones avanzadas han desaparecido en el pasado, y solo algunos, muy pocos, lograron esconderse en refugios muy bien resguardados y salvar sus vidas. Quedaron constancias de ello. La ciudad de Ubar, que logró descubrirse gracias a la colaboración de los satélites de la Nasa, es una prueba de ese pasado remoto que desconocemos por completo. La ciudad de Göbekli Tepe sigue siendo un signo de interrogación para historiadores y arqueólogos. Y continúan apareciendo más: Tel Qaramel, Varna y Tel Hamoukar. Incluso las extraordinarias pinturas de las cuevas de Chauvet, en el valle de Ardèche, en Francia, de unos treinta mil años de antigüedad, nos hablan de seres humanos capaces de pensamiento abstracto. El gran cineasta Werner Herzog rodó al respecto un documental inolvidable: *La cueva de los sueños olvidados*.

Hemos pensado la Historia de manera lineal, creyendo que se trata de una secuencia que va desde los primeros *Homo sapiens* hasta nosotros, los hombres que llegamos a la Luna. Parece que no es así, en línea recta, sino que ha habido florecimientos, desapariciones y renacimientos de la civilización varias veces. Nacemos, vivimos y quedamos

extintos para después volver a reconstruirnos de las cenizas. ¿Por qué? ¿Cómo?

Parece mentira, pero basta echar un vistazo allá afuera, a la Luna o a Marte, por ejemplo, para dar con la clave. Cuando vemos la Luna con un telescopio casero, lo primero que nos impresiona son sus cráteres. Lo mismo sucede con Marte. Son impactos con asteroides y meteoritos. Y nuestro planeta no es la excepción. Hemos sido golpeados varias veces. El más famoso es el que sucedió hace sesenta y cinco millones de años y que exterminó a los dinosaurios. Pero tenemos huellas de otros más que impactaron en Arizona hace apenas cincuenta mil años o en Siberia el 30 de junio de 1908. Más la explosión de grandes volcanes, más terremotos y tsunamis de dimensiones que ni imaginamos siquiera. Es decir, en cualquier momento nos volverá a suceder, volveremos a ser impactados, y muchos de nosotros desaparecemos por completo. Como sucedió hace sesenta y cinco millones de años, solo sobrevivieron los mamíferos pequeños que lograron esconderse en cuevas y refugios subterráneos. En esa ocasión fueron unos pequeños roedores, y de ahí aparecieron después otros mamíferos, como los primates, de los cuales provenimos. Así que no es tan descabellado construir un búnker. Porque la discusión no gira en torno a si la posibilidad existe o no. La discusión es: ¿cuándo sucederá? Solo es cuestión de tiempo. El asteroide Apofis, por ejemplo, pasará muy cerca de nosotros en 2029, y no sabemos aún sus consecuencias. Unos científicos descartaron ya un choque con nuestro planeta, otros aconsejan continuar vigilándolo muy de cerca. Si el impacto no se produce en ese momento, regresará en el 2036 y no podemos predecir su trayectoria. Solo por citar un caso.

Eso significa que los antiguos experimentaron catástrofes de gran envergadura, sabían prepararse y por eso construyeron esas magníficas ciudades bajo tierra. Y esa es la razón por la cual hoy en día estamos haciendo lo mismo:

porque aprendimos la lección estudiando los complejos laberintos de Derinkuyu, las esculturas de Göbleki Tepe o las distribuciones geométricas de Tel Qaramel.

Por otro lado, me intrigaba desde años atrás un programa de control mental patrocinado y financiado por la CIA: el famoso Proyecto MK Ultra. Después de la Segunda Guerra se cree, erróneamente, que Alemania perdió la guerra, y no, es un error de perspectiva. Desde el final del conflicto Estados Unidos ya tenía claro que sus verdaderos enemigos eran los rusos. Cómo frenar el comunismo era la gran consigna. Y por eso lo que vino durante décadas fue la Guerra Fría. Eso significa que, al finalizar la guerra, la mayoría de los científicos y cerebros alemanes terminaron trabajando para Estados Unidos, su gran aliado. Y entre esos experimentos, uno de los más terribles fue el de control mental: cómo gobernar y dominar la psique de los ciudadanos. Algo que el nazismo conocía bastante bien. Cómo seducirlos, encantarlos y conducirlos en una dirección previamente establecida.

Probaron con LSD, con televisión, con propaganda tendenciosa, intimidando a los participantes del proyecto, con electrochoques, con tortura psicológica. La gran ensayista Naomi Klein cita algunos de esos resultados en su libro *La doctrina del shock*. Bajo el efecto de una gran presión, los ciudadanos sufren de regresiones infantiles y se entregan a sus líderes en busca de protección, como si fueran niños buscando el abrazo de sus padres. Es entonces cuando los políticos pueden hacer con ellos lo que les dé la gana e imponen cláusulas económicas, impuestos e incluso arman guerras y los mandan a las trincheras a que mueran sacrificados. Un ejemplo contemporáneo perfecto es el ataque a las Torres Gemelas y la posterior guerra en Irak. Una cosa no tenía nada que ver con la otra, como confirmaron las investigaciones posteriores. Sin embargo, la gente, después de la caída de los dos edificios gigantes, que eran el símbolo

del poder financiero norteamericano, quedó asustada, a la deriva, traumatizada, y Bush y sus secuaces aprovecharon la situación para inventarse una guerra y forrarse los bolsillos con ella. Pocos años después, vino el colapso de Wall Street y una crisis financiera en la que aún está inmerso el planeta entero.

Ese programa aparece como cerrado, pero, en cambio, heredero de él, surgió otro: el programa Stargate, en el que contrataron a varios psíquicos probados para entrenarlos en inteligencia militar. La idea era que el cuerpo está sometido a las leyes de la materia, pero la mente no, la mente está inmersa en un universo cuántico en el que el tiempo y el espacio son coordenadas variables. Esos videntes se entrenaron con excelentes resultados en lo que se llamó «visión remota». Llevaron a cabo espionaje industrial, espionaje político y militar, hallaron rehenes y previeron ataques y movimientos sociales años antes de que sucedieran. Lo curioso es que ese programa aparece oficialmente cerrado a mediados de los noventa. ¿Por qué? Si les estaba dando tan buenos resultados, ¿por qué lo cancelaron? Una hipótesis es que lo hicieron para poder pasarlo a la sombra y continuar trabajando en secreto, sin que los contribuyentes y los electores pregunten cuánta plata se está invirtiendo en él.

Todo esto parece un espejo roto, piezas sueltas que no conducen a ninguna parte. Hasta que di con las declaraciones del mayor Ed Dames, el jefe e instructor principal del programa de visión remota Stargate. Según él, los clarividentes que estaban bajo su adiestramiento se anticiparon a varios sucesos con una precisión milimétrica: el primer ataque a las Torres Gemelas, el ataque final en el 2001, la crisis de Wall Street, el tsunami de Japón. Lo que sucedió fue que a mediados de los años noventa se dio la orden de ver aún más lejos, de echar un vistazo no al futuro inmediato, al que estaba a cinco o diez años de distancia, sino a un futuro más lejano: veinte, treinta años más allá. Y todos los mentalis-

tas coincidieron en unos eventos catastróficos que estaban prontos a presentarse: terremotos, una pandemia de gripe aviar que iba a ser incontrolable, pruebas atómicas por parte de Corea del Norte, ataques entre Israel e Irán. Pero por encima de las enfermedades, las catástrofes naturales y las guerras, había un suceso que iba a ser el detonante del verdadero desastre. Lo llamaron Kill Shot, Tiro de Muerte, y se refiere a unas llamaradas solares que pronto se presentarán y que harán colapsar el sistema eléctrico del globo. De hecho, ese fenómeno ya se presentó en 1859, solo que por aquel entonces la sociedad no dependía como ahora de la red eléctrica y computacional. Cuando esas llamaradas arrasasen con la electricidad dejarán de funcionar los bancos, los cajeros electrónicos no podrán dar dinero, no habrá Internet, ni teléfonos celulares, ni televisores, ni tabletas, ni correos electrónicos, nada. Los pacientes en los hospitales se morirán porque los aparatos se estropearán, los aviones no sabrán dónde aterrizar, los carros crearán trancones infinitos porque los semáforos no funcionarán, la gente no podrá comprar comida porque no habrá dinero ni cajas registradoras disponibles para efectuar los pagos. La dependencia de nuestra cultura con respecto a la tecnología nos llevará a ese caos cuando se presente Kill Shot. Palabras más palabras menos, esta es la teoría del mayor Ed Dames.

Cuando di con estas declaraciones empecé a comprender el dibujo general de mi rompecabezas y las piezas encajaron sin dificultad. Así que esta era la razón por la cual había tantos búnkeres alrededor del globo, tantos refugios subterráneos estatales y privados, tantas ciudades bajo tierra, tantos gobiernos recogiendo la memoria vegetal y animal del planeta y preservándola bajo las nieves de Noruega, tanto ciudadano entrenándose en cómo volver a cultivar la tierra, cómo extraer miel de abejas de los panales y cómo defenderse de los demás cuando la sociedad se convierta en un gigantesco conflicto de todos contra todos. La razón de

este enorme movimiento apocalíptico es que los encargados de la visión remota de Stargate se anticiparon y vieron cómo el Sol nos va a enviar una descarga descomunal de llamaradas que harán estallar todos nuestros sistemas.

Así que, mientras nosotros seguimos cotizando en un fondo de pensiones y cesantías, y pagando cumplidamente nuestros impuestos, miles de personas se están preparando para ingresar en otra dimensión, en otro mundo. Maravilloso. Me pareció fantástica la idea. ¿Quién estaba escribiendo al respecto, qué autores de literatura estaban construyendo nuevos universos narrativos a partir de estas coordenadas increíbles? Ni idea, no me tropecé sino con series de televisión, películas y varios documentales. Algunos blogs muy activos al respecto y una que otra página web.

Al igual que Don Quijote, uno decide en qué realidad desea vivir. Molinos de viento o gigantes. La realidad no es una condena, sino una elección. Ahorrar responsablemente para tener una vejez digna, o Kill Shot. La cotidianidad o la fantasía. Acababa de cumplir cincuenta años, no había querido casarme ni tener hijos, así que era un buen candidato para lanzarme en pos de una aventura más allá de lo establecido. Las idas al médico, el examen de próstata reglamentario, o prepararme para el fin del mundo. No había nada qué decidir, estaba claro.

Un proyecto que tenía de vender mi apartamento e irme a fundar un monasterio zen con un viejo amigo no había dado resultado. Empecé entonces a mirar si podía cambiar el apartamento por una casa en las afueras de Bogotá, Chía, Cajicá o La Calera. Eso me permitiría construir un refugio y meter en él libros (Zweig, Lawrence Durrell, Horacio Castellanos Moya, René Rebetez), enlatados, agua y un botiquín de primeros auxilios. Pero nada, tampoco pude cambiar el apartamento. La burbuja inmobiliaria me lo impidió. Fue entonces que, como una especie de manual de aprendizaje, empecé este libro. La idea era ir tanteando, ir sintonizando

con otras sensibilidades a ver quiénes estaban explorando otras dimensiones de conciencia, otras formas de percibir ese amasijo incomprensible que llamamos realidad.

Publiqué en mi blog un artículo sobre por qué hay que dudar permanentemente de lo real, y al final invité a los lectores a que, si tenían una historia que ameritara estar en mi nuevo libro, me escribieran y me permitieran el acceso a ella. Y entre los distintos mensajes que me llegaron, una pequeña crónica escrita por una joven estudiante de periodismo, Sandra Quintanilla Ordóñez, llamó mi atención. Hacía alusión a una mujer llamada Coral que veía espíritus y que recibía mensajes de esas entidades. Leí el texto completo y me quedé perplejo cuando, en un pequeño párrafo, hablaba de un espíritu que, en una sesión, había dado unas instrucciones de cómo sobrevivir a una catástrofe que era inminente. La breve e inquietante cita era la siguiente:

«Él dice que va a pasar algo en el mundo a las cinco de la mañana. Es un cambio total. La gente no va a entender lo que va a pasar. Donde no había árboles van a crecer, donde no había vegetación habrá vegetación. Nadie lo va a creer. Todos van a pensar que son los extraterrestres, pero no van a ser ellos. Habrá dos indígenas que regirán eso, será un cambio espiritual. Ocurrirán terremotos y huracanes. Es una limpieza. Él menciona mucho que hay que guardar comida enlatada. Y que no se asusten, dice él, que a medida que pase el tiempo se va a sentir tranquilidad y calma. Ese día aclarará más temprano que los demás días. Además, después de que se posesione el nuevo presidente habrá dos derrumbes».

Una mujer que ve espíritus, que sirve de intermediaria entre esos seres y nosotros, que transmite mensajes de un mundo a otro. Me parecía importante visitarla, hablar con ella, preguntarle por sus visiones, por el modo como se le presentan esos seres que pertenecen ya a otra dimensión.

Contesté el correo y le pedí el favor a la joven universitaria que me sirviera de enlace con la vidente. Y al día siguiente me escribió pasándome un número celular donde yo podía llamarla y concertar una cita con ella. Eso hice y quedamos de vernos a las tres de la tarde del día siguiente. No se me pasó por alto que era la hora sagrada, la hora en la que crucificaron a Jesús, en contraposición a las tres de la mañana, la hora de los demonios.

Llegué a una casa de clase media al norte de la ciudad a la hora convenida. Me recibió una mujer voluptuosa de cabello y ojos negros, con una sonrisa irreverente que daba la impresión de estar siempre cometiendo alguna travesura. Me cayó bien de entrada, parecía una mujer sincera, directa, sin tapujos de ninguna clase. Me condujo a un pequeño estudio donde nos instalamos a conversar un rato. Descubrí que era la madre de Sandra, la muchacha que me había escrito muy gentilmente.

MM: ¿Cuándo tienes conciencia de tener un don, Coral, de ver situaciones o personajes que los demás no pueden ver?

C: *Bueno, mi nombre es Esperanza Ordóñez. Esto empezó desde muy niña, Mario. Tenía más o menos siete u ocho años de edad. Mi madre me dijo que iban a operar a una amiga de ella, pero que yo no podía pasar a mirar ni enterarme de nada. Era una casa grandísima en La Candelaria que funcionaba como inquilinato. Vivían cinco familias. Al fondo vivía esa señora que estaba enferma. Me dijeron que un médico la iba a operar y yo, que apenas era una niña, estaba convencida de que se trataba de un médico común y corriente. Guardamos silencio. Mi mamá llevó ropa de cama blanca, toallas blancas, alcohol, y yo estaba convencida de que el médico estaba pronto a llegar. Unos minutos después yo le dije a mi mamá que entráramos porque el doctor ya se había ido. Y ella me preguntó: ¿cuál médico? ¿A quién viste tú? Yo le respondí que el*

doctor ya había salido y le describí cómo era y cómo iba vestido: alto, delgado, de sombrero y con un traje azul oscuro. También le conté que me había sonreído y que me había dicho adiós con la mano. Sobra decirte que era José Gregorio Hernández, el espíritu sanador. Mi mamá no lo podía creer. Desde ese momento en adelante empecé a ver cosas raras, entidades, gente que iba y venía por esa casa y que nadie más detectaba sino yo. Gente muerta que enviaba mensajes. Y a partir de entonces yo no estaba segura de si estaba viendo gente real, viva, o espíritus de personas ya fallecidas.

Luego empecé a sentir que debía advertirle a mis vecinos cosas que iban a ocurrirles, eran como mensajes que les enviaban. Tenía por aquel entonces catorce o quince años. Y me dio miedo, pensé que me estaba volviendo loca. Me daba cuenta de que no era algo normal. Ciertas personas creían que eran visiones delirantes en mi cabeza.

Por ejemplo, entrar a un cementerio era para mí una verdadera tortura. Bueno, es terrible aún hoy en día. Escucho miles de murmullos, pero a veces no reconozco bien qué es lo que dicen ni lo que quieren.

A partir de esa época la gente se enteró de que yo hablaba con los muertos y acudían a mí como si fuera una bruja. Me preguntaban por una cosa y por la otra. Yo les explicaba que yo no puedo invocar a nadie. Ellos se presentan solos, por su propia voluntad.

Una vez, por ejemplo, se me presentó una niña de unos cinco años con un mensaje para su mamá: que no se siguiera sintiendo culpable por su muerte porque ella no había tenido nada que ver. Un hombre había espantado un nido de avispas y los insectos le habían causado la muerte. Le transmití el mensaje a la madre y le dije que a los pocos días su hija se despediría de ella definitivamente en un sueño. Y a los pocos días la mujer me llamó llorando a decirme que sí, que su hija se le había presentado y le había dicho adiós. De algún modo, ese mensaje la exoneraba de una culpa atroz que ella sentía y que le impedía vivir con tranquilidad. Eso es lo que yo he hecho últimamente, ayudar a las personas, liberarlas de cargas y sentimientos negativos. Soy como una guía espiritual.

Mucha gente elige mal a su pareja o cogen el camino equivocado. Y esos mensajes los ayudan a rectificar y a elegir con más cuidado, paso a paso, con cautela y buen tino.

MM: ¿Tienes esa misma claridad con respecto a ti misma?

C: *No, en mi caso, por ejemplo, me casé muy joven y fue un matrimonio durísimo. Él me llevaba quince años. Y cuando quedé embarazada me bloqueé, me daba miedo que el bebé fuera a sufrir algún tipo de consecuencia negativa. Yo sabía que estaba equivocada, que había cogido el camino incorrecto, pero no podía evitarlo, era como una fuerza de arrastre más poderosa que mi voluntad.*

Después volví a recuperar mis facultades y continué ayudando a la gente. He visto casos increíbles. Una vez un hombre me transmitió un mensaje que buscaba solucionar su supuesto suicidio. En realidad, lo había matado su amante. Pero a la persona a la cual le di el mensaje me dijo que no podía hacer nada. ¿Con qué pruebas? ¿Quién le iba a creer algo así? Y aunque el muerto dio indicaciones de unos documentos y explicó bien cómo había sido el crimen, la mujer a la que le transmití el mensaje se negó a empezar una investigación formal. Tenía miedo de que la tacharan de loca.

MM: ¿Por qué a veces los muertos quedan vagando, Corral?

C: *El infierno, realmente, es este mundo. Luego pasamos a una especie de purgatorio. Los espíritus están en tránsito, en camino, por eso uno no los debe llamar ni perturbarlos. Lo que sucede es que a veces hay algunos que tienen asuntos pendientes, que necesitan informar algo, que no pueden despedirse tranquilos.*

MM: ¿Están como suspendidos en una interdimensión?

C: *Sí, hace poco me sucedió lo que te contó Sandra en la crónica que te envió. Un joven estaba aquí consultándome algo, y de pronto se apareció su abuelo a enviarle mensajes claves. Primero dio algunas indicaciones personales y se refirió también a dos de mis hijas, que estaban presentes durante la sesión. Luego dice que es importante empezar a prepararse porque un día va a amanecer antes de tiempo. E insistía en que no debíamos asustarnos, que lo más importante era no sentir miedo. Son cambios inevitables para bien de la humanidad. Dijo que donde no hay vegetación nacerán nuevas plantas y donde no hay océanos ni mares aparecerán aguas que cubrirán los continentes. Y finalmente dijo que era muy importante guardar en algún lugar de la casa muchos enlatados y reservas de agua.*

MM: ¿No dijo nada más ese mensajero? ¿No anunció exactamente qué tipo de catástrofes se avecinaban?

C: *Deben presentarse dos derrumbes primero, como puentes que se caen, supongo. Luego llegará el día en que amanezca más temprano, los horarios empiezan a descomponerse, a no encajar. Pero lo más importante es estar en paz con nosotros mismos, estar tranquilos, no ir a atemorizarnos ni a desesperarnos.*

MM: ¿Alguna vez has recibido otros mensajes en esa línea? ¿O fue la única vez?

C: *Esa fue la única vez. Y me dio miedo. No sé si me va a volver a pasar. Me dio pánico... Y bueno, dijo otra cosa, pero no viene al caso...*

MM: Puedes decirme sin problema. Igual el libro no va a salir ahora...

C: *Se trata de una confusión con respecto a la elección presidencial. Todo el mundo cree que va a ganar el que sacó más votos en la primera vuelta, y no, no va a ganar ese.*

MM: Va a ganar Santos.

(Risas)

MM: Otro de mis entrevistados para este libro, Armando Martí, dice que gana Santos...

C: *Sí, así es... (risas). También va a surgir una mujer que acompañará al presidente en cambios fundamentales para el país.*

MM: ¿Tú sientes, independientemente de los mensajes, Coral, o de los mensajeros, tú sientes algo extraño en el mundo contemporáneo? ¿Tú tienes la sensación de que se avecinan sucesos catastróficos?

C: *Sí, yo sé que va a suceder algo terrible. Hace unos cinco años vi que todo se derrumbaba. Puede empezar con temblores o con terremotos. Algo está confirmado: va a quedar poca gente. A veces lo veo como si estuviera en una película. Pero yo solo soy la mensajera. Hay que ubicarse mejor en la vida, dejar la tristeza, la melancolía y la depresión. Pero sí, sé que buena parte de la humanidad va a sufrir mucho.*

MM: ¿Tú te vas a salvar, Coral?

C: *Sí.*

MM: ¿Estás segura?

C: *Sí.*

MM: Eso significa que entonces podemos sobrevivir en Bogotá.

C: *¿Quién te dijo a ti que todos íbamos a morir? (risas). Vamos a quedar pocos, pero algunos sobreviviremos, sí.*

MM: Los grandes gobiernos están invirtiendo fortunas en refugios subterráneos...

C: *Muchos de esos esfuerzos son en vano, no servirán para nada. Lo importante es que es un cambio positivo porque lo que viene es mucho mejor.*

MM: Ahora, ¿tú tienes la habilidad para verte a ti misma?

C: *A veces puedo y a veces no. Sé, por ejemplo, que no debí haber tenido hijos. Yo debí quedarme sola y estudiar más, viajar más. Pero este fue el camino que tomé y debo enfrentarlo. Sin embargo, un día me iré, un día partiré para siempre a cumplir con ese destino que tengo pendiente...*

En este punto Coral me dice que siente que hay un mensaje para mí. Me pongo alerta. Me dice que algo sucederá con alguna de mis novelas. No sabe qué exactamente, pero será una excelente noticia, un proyecto que dará muy buenos frutos. Le digo que quizá se trata de un guión de cine que está pendiente, un guión basado en uno de mis libros.

Luego me pregunta si me identifico con la fuerza física y espiritual de mi madre. Le digo que sí, que por supuesto. Ha sido una persona muy valiente que ha aguantado una enfermedad atroz a lo largo de décadas sin doblegarse ni rendirse. Le explico a Coral que esa misma fuerza, esa valentía y esa radicalidad son claves en un mundo tan duro como el del arte y la literatura. Finalmente me advierte que

no me vaya a casar ni a tener hijos. Que de eso depende mi entrega total a la creación literaria. Le confieso que, curiosamente, he presentado eso mismo desde mi juventud. No sería ni un buen padre ni un buen esposo. La obsesión por construir una obra literaria sólida obnubila por completo mi lucidez en otros aspectos de la vida.

Hacemos un alto en la entrevista y tomamos un poco de agua. Luego volvemos a la conversación.

MM: ¿Te puedo hacer una pregunta íntima? Los videntes y los artistas nos parecemos mucho en algo, y es que trabajamos con nuestra energía sexual, con nuestra potencia de Eros, con nuestra fuerza creadora. Para los demás el sexo es algo que se practica o no se practica, y ya está. Pero para nosotros es diferente, es más complejo. Somos más sutiles. ¿Tú has sentido a lo largo de tu vida que tu potencia erótica está ligada con las visiones?

C: *Yo nunca le he temido al cuerpo, lo he vivido a plenitud. Pero a medida que pasa el tiempo eso deja de ser lo fundamental. Tengo amigas que no pueden vivir si no tienen un hombre a su lado. Yo no. Me separé hace unos diez años y ya no sufro de esa dependencia. Y me siento muy bien así. Estoy en un escalón diferente y siento actualmente cierto grado de limpieza.*

MM: ¿Crees que reencarnamos, Coral?, ¿hemos estado aquí antes?

C: *A ti te envían aquí por algo. Tienes que ser un profesor o una madre abnegada, y si no cumples con ello regresarás a aprender tu lección. Sin embargo, fíjate, no todo el mundo tiene que hacerlo. Hay personas que cumplen a cabalidad con su misión, con su aprendizaje.*

MM: ¿Tienes recuerdos de haber sido alguien más?

C: *Sí, fui una guerrera, una mujer que vivía en un castillo. Me mataron en un combate. De esa vida pasada, quizá, es que me vienen los gustos por lo antiguo. Por eso me gusta tanto La Candelaria, los muebles viejos, la ropa de otros siglos.*

MM: ¿Sabes cómo vas a morir y cuándo?

C: *Me quedan de ocho a diez años. Será en un accidente. Y me alegra que mi misión termine pronto, me parece bien. He transmitido ya lo más importante: hacer lo que más nos guste, lo que amamos de verdad, y aprender a perdonar. Es importante perdonar a los otros y perdonarnos a nosotros mismos. He ahí la clave.*

Nos damos un abrazo con Coral y nos despedimos entre bromas que nos hacemos mutuamente. Hay una energía amigable y cómplice entre nosotros. Pocos días después le envío un par de mis novelas a manera de agradecimiento por su tiempo y gentileza.

Esa misma noche no puedo evitar pensar en la clase de ecología de mi padre en la Universidad Nacional. Por aquel entonces yo me encontraba fantaseando con estudiar medicina. Había hecho un premédico en la Universidad El Bosque, y luego entré como asistente a dos o tres clases en la Nacional, entre ellas a la de mi viejo, que tenía fama de ser un profesor estricto, una cuchilla. De hecho, y creo que lo hizo solo para mortificarme, me puso al final 2.9 sobre 5.0, y luego se ufanaba de que yo había perdido su materia. Lo cierto es que el eje de esa clase era una idea que no he podido olvidar después de tantos años: un planeta que tiene unos recursos finitos no puede sostener a una población que se reproduce incontroladamente. Tarde o temprano colapsará. Desde esos años ochenta, ya los ecologistas sabían que la catástrofe de nuestras sociedades era solo cuestión de tiempo. Los recursos no renovables se extinguirán y no habrá manera de detener la hecatombe. Si no es un

meteorito, o las llamaradas solares, o la explosión de un supervolcán, seremos nosotros mismos los encargados de crear nuestra destrucción. Tenemos el cronómetro en la nuca contando los segundos.

Hace un tiempo visité la casa de una pareja de amigos que acababan de ser padres. La escena, por supuesto, siempre es conmovedora. Admiro la fe en la vida que tienen aquellos que deciden procrear, la confianza en que las nuevas generaciones podrán continuar con lucidez la aventura humana. Además, me encantan los niños, su irreverencia, su falta de diplomacia, su desparpajo, su sinceridad.

Sin embargo, más allá de las sensaciones positivas que me generan, tengo claro que el problema más importante que enfrentamos en este momento como especie es el de la superpoblación mundial. Hace solo doscientos años éramos 650 millones de personas. En 1950 éramos 2.500 millones, una cifra manejable. Y en escasos cincuenta años hemos duplicado la cifra y seguimos creciendo. En el 2010 la ONU calculó 6.500 millones de personas y ya alcanzamos el escandaloso número de 7.000 millones. La FAO alertó ya que, por primera vez en la historia de la humanidad, sobrepasamos los 1.000 millones de personas muriendo de hambre. Cada hora nacen 11.000 bebés y venimos creciendo, más o menos, unos 100 millones de personas cada año. En poco tiempo estaremos rozando los 10.000 millones de personas. Un infierno.

Las consecuencias de una tasa de reproducción tan vertiginosa son evidentes. La explosión demográfica es, hoy por hoy, un problema de seguridad mundial. Hemos contaminado todo el planeta, el agua de los ríos y de los océanos, el aire, modificamos el clima, destruimos la capa de ozono, somos los principales responsables de la extinción de otras especies. Solo entre 1990 y 1995 desaparecieron sesenta y cinco millones de hectáreas de bosques.

Como si esto fuera poco, en el año 2010 los mayores de sesenta y cinco años representaban el 7.6% del total de la población. En solo cincuenta años serán el 22%. Para entonces, los sistemas pensionales serán insostenibles, imposibles de manejar para cualquier democracia moderna. Si a esto le sumamos la producción de las basuras y la escasez de agua, la imagen es aterradora: no tendremos qué beber y moriremos aplastados bajo el peso de nuestra propia inmundicia.

Es importante, entonces, que las distintas sociedades empiecen desde ya unas políticas de educación al respecto. Necesitamos con urgencia cuatro o cinco generaciones hacia adelante que decidan no reproducirse, que entiendan que tener hijos o no tenerlos es un problema ecológico. China e India vienen trabajando arduamente en esta línea. La educación sobre el uso del condón y demás métodos anticonceptivos no solo es urgente, sino que es, literalmente, de vida o muerte. La mojigatería y la santurronería de cierta educación tradicional en asuntos tan serios solo acarrearán más caos, más irresponsabilidad. Hay que tener claro que como se trata de temas de salud pública, la religión no tiene nada que ver en este asunto.

Si durante milenios reproducirse fue una moral correcta y garantizaba la supervivencia de la especie, es preciso entender que ya no lo es. En estos tiempos aciagos lo correcto es lo contrario: no pensar en mi felicidad personal, sino en la de la humanidad, y abstenernos de tener hijos.

Hay gente ya preparándose alrededor del mundo para un desastre de gran envergadura. Supervivencialistas que están listos para la caída de las redes eléctricas, para una pandemia, para un terremoto, para una guerra nuclear. Están entrenados ellos y sus hijos para salir corriendo en cuestión de minutos. Tienen estudiadas varias rutas de escape para llegar hasta sus refugios subterráneos, donde ya han al-

macenado agua, comida y medicinas. Hace poco, debido al descubrimiento de una producción exagerada de ataúdes cerca de Atlanta (Proyecto Fema) que indica una catástrofe inminente, al conflicto en Gaza, y a la llegada de pacientes con ébola a los Estados Unidos, los entrenamientos de fuga de los *Preppers* se han incrementado. Si no pasa nada en las próximas décadas, los podemos ver como una pandilla de obsesivos paranoicos. Pero si llega a suceder el desastre, solo ellos se salvarán.

En el año 2011 se estrenó una película llamada *Take shelter*, dirigida por Jeff Nichols, en la que cuenta la historia de un trabajador cualquiera que empieza a tener premoniciones de un apocalipsis que se aproxima. Decide enterrar un *container* en su jardín y preparar un refugio subterráneo para su mujer y su hija. Todo el mundo lo considera un demente, un trastornado peligroso. Pero al final los sucesos llegan y el único que está preparado, realmente, es él. De igual modo les pasará a todos estos individuos que tienen sus búnkeres contruidos desde hace años, o que los están construyendo en este momento. Si llega la guerra nuclear, o la caída del sistema financiero, o una pandemia mundial, los únicos que sabrán qué hacer serán los *Preppers*.

Desde el año 2011 la Comisión Europea viene advirtiendo de una posible tormenta solar catastrófica. El 11 de enero de 2012, por ejemplo, Europa Press sacó un comunicado que difundieron varios medios alrededor del mundo, entre ellos *La Razón* de España:

«La Comisión Europea ha presentado un informe en el que califica de ‘creciente’ el riesgo de que se produzca un evento tecnológico (causado por una tormenta solar) de dimensiones ‘catastróficas’ que afecte a las infraestructuras terrestres, como las redes eléctricas, de telecomunicaciones, de navegación por satélite o a la banca.

»Según ha señalado el Observatorio del Clima Espacial de la Asociación Española de Protección Civil para los Eventos Climáticos Severos y la Prevención Nuclear, en declaraciones a Europa Press, esta postura de la Comisión Europea se une a la que mantienen, desde hace tiempo, los gobiernos estadounidense y británico a este respecto.

»En el informe, destaca que, en vista de que la próxima máxima solar se espera en 2013, en los próximos meses el deber del organismo es dar a conocer el posible impacto del clima espacial en ciertas infraestructuras. Para ello, ha puesto en marcha el ‘Space-Weather Awareness Dialogue’, que tiene como objetivo identificar los retos relacionados con prácticas y políticas de prevención de desastres, preparación y mitigación, y formular recomendaciones para acciones concretas...

»En este sentido, ha indicado que el riesgo de que se produzca un fallo eléctrico como consecuencia de una tormenta solar en un tiempo relativamente corto es ‘alto’ y han apuntado que la sociedad no está preparada para enfrentarse a ello.

»La Comisión Europea propone definir las responsabilidades y líneas de comunicación antes de que ocurra un evento tecnológico, de manera que todos sepan cómo reaccionar en el caso de una alerta. Así, a su juicio, los protocolos de respuesta a una crisis deben estar preparados y probados antes de tiempo a través de ejercicios o simulacros (pruebas de tensión) que ayuden a aumentar la conciencia de los actores y a determinar las deficiencias y debilidades en los procedimientos de emergencia.

»El organismo europeo tiene la tarea de elaborar una lista de los riesgos a los que se enfrenta la UE –incluyendo el clima espacial–, así como los riesgos emergentes. Además, los Estados miembros se han de comprometer a llevar

a cabo una evaluación de riesgos nacionales basadas en las orientaciones de la Comisión Europea.

»Para el Observatorio del Clima Espacial de la Asociación Española de Protección Civil para los Eventos Climáticos Severos y la Prevención Nuclear incluir el clima espacial en la lista de los riesgos emergentes puede contribuir a aumentar la comunicación de peligros y riesgos asociados, y mejorar la preparación».

El fin de semana siguiente a esta entrevista paso por un supermercado cerca a mi casa y me descubro en la sección de enlatados llenando el carrito con atún, salchichas, verduras de todo tipo, melocotones y piñas en almíbar. Tomo también varias garrafas de agua. Luego improviso una alacena en el cuarto de ropas de mi apartamento y organizo mi kid futurista apocalíptico. Por si acaso. Nunca se sabe. Quizá ese mensaje del espíritu del abuelo no era para su nieto, ni siquiera para Coral y sus hijas, sino para mí. Y yo siempre he estado atento a tomar nota y a guardar con celo los complejos e incluso retorcidos anuncios que el mundo nos envía por los caminos más inciertos e insospechados.

Escrivir es
resistir.
af. af.